

SAN GREGORIO, OBISPO Y CONFESOR

Día 24 abril

P. Juan Croisset, S.J.

Fn Iliberi ó Eliberi, Silla antigua episcopal de la Bética, ó Andalucía, sita, en opinión de unos, en un monte contiguo á Granada, y, según otros, en la misma ciudad, floreció en el siglo iv de nuestra Era cristiana San Gregorio, prelado digno de eterna memoria por su celo apostólico, por su eminente ciencia y grande santidad, y especialmente por su inflexible constancia en no comunicar jamás con los herejes arríanos.

Había penetrado el arrianismo hasta el Occidente, después de haber desolado toda la Iglesia oriental, protegido con la autoridad del emperador Constancio (hijo del grande Constantino), acérrimo defensor de la impiedad, quien persiguió cruelmente á los prelados católicos, y desterró de sus Sillas á los más celosos y ejemplares, por sostener tan inicuo empeño. Orgullosa la herejía con sus conquistas, encendió una guerra sangrienta entre católicos y arríanos; el odio era mutuo entre ambos partidos, y no se veía otra cosa, entre los que por su carácter debían edificar, que cisma y división.

Para tranquilizar y extirpar una discordia tan perniciosa como general, que puso á la Iglesia en el estado más deplorable, se convocó en Eímini un concilio en el año 359, el que, habiendo tenido un principio santo y bueno, tuvo un fin muy desgraciado. Habían concurrido á él más de cuatrocientos obispos del Occidente, y corrían ya siete meses de ausencia de sus iglesias sin haberse concluido los negocios á satisfacción de todos.

Quería prevalecer la violencia de los arrianos, y para conseguirlo se valió su astucia de una fórmula de voces artificiosas con que pudiesen alucinar á los católicos. Publicaron en ella que el Hijo era semejante al Padre, y que no era criatura como los demás; y, preocupados los ortodoxos con aquella apariencia que no sonaba desigualdad en las divinas Personas, firmaron la fórmula, donde en realidad estaba oculto el veneno de la herejía. Remitida á Constantinopla, donde estaba el Emperador, hizo que la firmasen los legados de otro sínodo, celebrado por aquel tiempo en Seleucia, con todos los demás obispos que se hallaban en la corte; prosiguió tan adelante aquella deshecha tempestad, que sobrepujó á los daños que causaron en la Iglesia los gentiles con sus persecuciones. Envióse por todas partes la fórmula con orden del Emperador para que fuese desterrado todo aquel que no la firmase; fueron muy pocos los que no cedieron al precepto imperial; unos sin conocer la ponzoña, otros por temor, otros atendiendo al premio, y algunos á pretexto de conservar la paz.

Entre los que se salvaron del naufragio de tan temible borrasca, fue uno nuestro Santo, cuya invencible firmeza hizo su nombre tanto más recomendable cuanto más visible su constancia en medio del mayor número de tímidos y condescendientes con que contaba el partido del error. Dios le preservó, con otros pocos escogidos de igual celo y fortaleza, para sostener el partido de la verdad. Gregorio á nada atendió tanto como á conservar la fe católica en los términos precisos que se había definido en el Concilio general de Nicea. El supo desarmar las capciosas invectivas de los arrianos y hacer patentes las artificiosas voces de su fórmula de fe, manteniéndose inflexible en no comunicar con los sospechosos en la herejía. No le acobardaron las formidables penas con que eran amenazados todos los que resistían prestar anuencia y consentimiento á los

injustos decretos del Emperador, á los que hizo frente animosamente, á pesar del mal ejemplo de muchos prelados que, vergonzosamente cobardes, cedieron á la providencia y mandato de un príncipe declarado enemigo de los católicos.

San Eusebio de Vercelli, uno de los insignes obispos que defendieron en Éimini la fe católica contra todo el poder de los arríanos, por lo que fue desterrado de su Silla, sin que bastase á contenerles el respeto de su autoridad, el alto concepto de su santidad, ni la reputación universal de su sabiduría, en la carta que escribió á nuestro Santo elogia su constancia en haberse resistido á comunicar con los obispos que en el Concilio de Rímini lo hicieron con Uracio y Valente, caudillos de la herejía, lo que alaba como una acción digna de un prelado ortodoxo y un sacerdote de Dios, nacida de un corazón celoso y firme en sostener la verdad, sin ablandarse con los terrores ni con los destierros conminados por un soberano acérrimo protector de la impiedad.

Además de esta admirable entereza que hizo á nuestro Santo de una eterna gloria, le elogia el Padre San Jerónimo en el libro de los *Varones ilustres*, diciendo, que compuso hasta su última edad diversos tratados en regular estilo, y un elegante libro de fe, el cual, aunque permanecía en tiempo del santo doctor, hoy no nos consta ciertamente de su existencia, por la diversidad de autores á quien se atribuye el escrito con este título; bien que algunos críticos le estiman de Faustino Luciferiano.

Hay quien ha querido confundir á San Gregorio con los luciferianos, ya porque resistió con Lucífero, obispo de Caller, á la comunicación con los herejes, y ya porque le elogian Marcelino y Faustino , de la misma secta, en el libelo que ofrecieron en el año 364 á los emperadores

Valentiniano, Teodosio y Arcadio, que dio á luz Sirmondo en el año 1590. Pero además de desvanecerse esta impostura por los testimonios de San Jerónimo y San Eusebio de Vercelli, que alaban su fe, celo y santidad, es preciso distinguir que no es lo mismo convenir Gregorio con Lucífero en negarse á la comunicación con los herejes, que resistirla aun en el caso de que, arrepentidos de sus errores, volviesen al gremio de la Iglesia, que fue el error de estos sectarios, en lo que jamás incurrió nuestro Santo. Ni menos es bastante para esta censura el elogio que hacen de él Marcelino y Faustino en dicho libelo, reconocido por todos los críticos como un agregado de imposturas y falsedades.

Finalmente, lleno de merecimientos, después que gobernó muchos años su obispado como un celoso pastor, murió en el Señor á fines del siglo iv, cuyo cómputo adoptamos, no sabiendo el año puntual de su precioso tránsito, atendiendo á la duración de su pontificado desde el año 359, que se celebró el Concilio de Rímini, hasta el de 392, en que vivía, según el testimonio de San Jerónimo. En Granada se venera hasta el día su incorrupto cuerpo, y el Señor le ha hecho célebre por los prodigios que ha obrado por intercesión de su siervo el glorioso San Gregorio, bello ornamento entre muchos del siempre santo y sabio episcopado español.

SAN FIDEL DE SIGMARINGA, MÁRTIR

Fn una ciudad de la Suevia, llamada Sigmaringa, nació en el año 1577 el virtuoso Fidel. Fue santamente educado en los preceptos de nuestra religión, y estudió más tarde la teología y el derecho, recibiendo el grado de doctor en ambas facultades, con grande aplauso y admiración de todos. Años después viajó por espacio de mucho tiempo, y con el rico caudal de sus virtudes y conocimientos se retiró en el año de

1610 á Villinga, pequeña ciudad en que estaba la universidad de Friburgo. Llegado á esta ciudad, ejerció por algún tiempo la noble profesión de abogado, adquiriendo en ella grandes triunfos; pero cansado del tumulto del foro, y deseando servir á Dios de un modo más inmediato, abrazó el estado religioso, entrando en la Orden de los Padres Capuchinos. El día 4 de Octubre de 1611 vistió el hábito, y comenzó una vida ejemplar y penitente. El día en que celebró por primera vez el santo sacrificio de la Misa, dejó su primitivo nombre de Marco y adoptó el de Fidel, con lo que quería significar su fidelidad al Señor. Tantas y tan admirables fueron las virtudes de Fidel, que todos le veneraban humildemente: y los superiores de la Orden le destinaron á la predicación. Toda la Alemania recorrió el sabio y virtuoso Fidel, predicando el santo Evangelio, y en todas partes era bendecido y aclamado. Una de las principales excelencias de nuestro Santo era la virtud de la caridad. No había pobre que no fuese socorrido abundantemente. Amaba á todos con entrañable amor, y siempre que fue guardián conservó pura la disciplina.

Cuando recobró el archiduque Leopoldo ciertos valles del país de los grisones, que antes le pertenecían, ideó enviar allí misioneros celosos que predicasen la fe católica é hiciesen volver al gremio de la Iglesia á algunos infelices que se habían separado, merced á la predicación de los calvinistas. La Congregación de *Propaganda Fide*, de Roma, nombró por jefe de los misioneros á nuestro Santo Fidel. El año 1621 partió á su destino el ilustre Santo, y apenas llegó consiguió con su elocuencia y virtud convertir á un crecido número de herejes. Los ministros de Calvino, viéndose miserablemente humillados por las virtudes y conquistas de San Fidel, incitaron al pueblo para que le quitaran la vida. Con objeto de conseguir su bárbaro intento, convidaron los calvinistas á nuestro Santo á que fuese á

predicarles á la iglesia que en Servis tenían los católicos. Nuestro Santo aceptó, á pesar de conocer sus intenciones; y, llegado al templo, celebró con grande fervor el santo sacrificio de la Misa; después subió al pulpito, y, á pesar de haber encontrado un escrito que le decía que sería la última vez que predicaba, continuó lleno de valor su discurso, hasta que, viendo aparecer en la iglesia grupos de hombres armados que le dispararon un tiro, se bajó del pulpito, hizo oración al pie del altar mayor, y salió del templo con objeto de evitar un sacrilegio. Llegado á la puerta de la iglesia se detuvo contento, y, rodeado de bárbaros calvinistas, recibió veintitrés heridas, pidiendo nuestro Santo de rodillas, como otro San Esteban, por la conversión de sus verdugos.

El glorioso martirio de San Fidel se verificó el día 24 de Abril de 1622. El papa Benedicto XIV le canonizó solemnemente en 15 de Febrero de 1719.

La Epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de San Pablo á los Corintios. y la misma que el dia 17.

REFLEXIONES

No es espíritu aprobado el de aquel que él mismo se recomienda y se alaba á sí propio, sino el de aquel á quien recomienda y alaba Dios. No obstante ser el mundo tan injusto en sus juicios, no puede menos de justificar la verdad de este oráculo, pues no sabe tratar sino con el mayor menosprecio á los que se engrandecen y se alaban á sí mismos. Entre todos los vicios, ninguno está más desacreditado que el orgullo; y aunque el mundo está lleno de hombres que sólo estudian en burlarse unos de otros y en engañarse recíprocamente, no puede sufrir aquellas almas bajas que, arrastrando siempre por la

tierra, sólo saben echar polvo á los ojos y brillar con un esplendor aparente y artificial. Ciertamente, si los hombres más diestros en engañar estuvieran bien instruidos del concepto poco favorable que forman de ellos aun aquellos mismos que en la apariencia los adoran, esto solo bastaría para abatir su necia vanidad y presunción; pero es difícil corregir un error que igualmente preocupa el corazón que el entendimiento. *Infelices de vosotros, dice el Profeta, que sois sabios á vuestros propios ojos, ó que, no siéndolo en los de Dios, queréis parecerlo á los ojos de los hombres.* Pero el orgullo se alimenta poco de la realidad; conténtase con una brillantez falsa y aparente, triunfa de la credulidad de los buenos, búrlase de la simplicidad de los sencillos; mas, al cabo, ¿qué saca de hacer tanto ruido? La virtud lleva consigo misma su esplendor, y el mérito su estimación. Que se sepa ó que se ignore, no es menos rico el que encierra con mayor cuidado en su cofre su tesoro. Los cuerdos siempre desconfían de un hombre que sólo se ostenta poderoso por sus excesivos gastos, y están esperando á que el engaño, la ruindad y la pobreza sigan muy inmediatamente á estas artificiosas ostentaciones. Los que tienen más mérito son los que se alaban menos. No siempre conviene á cierto género de gentes darse á conocer mucho, porque la moderación realza un mérito mediano.

De Dios hemos recibido todo lo bueno que se halla en nosotros: entendimiento, talentos, industria, bellas prendas, sabiduría, todos son dones de su pura liberalidad, y en tanto nos hacen estimables, en cuanto los reconocemos por tales. ¿Tememos acaso que no nos encontrará, si no nos damos á conocer? ¿Ignora por ventura lo que somos? Aunque estemos sepultados en el retiro y en la oscuridad; aunque seamos invisibles y desconocidos á todas las criaturas, ¿qué importará, con tal que El los apruebe? La dicha y la honra de agradarle

equivale para nosotros á todo lo demás.

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo, y el mismo que el día 17.

MEDITACIÓN

De In indiferencia con que se mira la salvación.

PUNTO PRIMERO.—Considera que ninguna cosa nos importa más, ninguna nos interesa más que nuestra salvación; y, con todo eso, ninguna hay en que la mayor parte de los cristianos se ocupe menos. En el mundo todo es ocupación, negocios, empleos, industrias, diversiones, y hasta la misma ociosidad. Los días más largos parecen breves, la vida más dilatada parece corta para todo lo que se llama negocio; todo merece nuestras atenciones; de sola la salvación generalmente se descuida.

La salvación es en rigor el negocio propiamente nuestro; todos los demás son extraños, son forasteros para nosotros; son, digámoslo así, negocios del estado, del reino, del tribunal, del comercio, de tu comunidad, de tu familia, de tus hijos, de tus amigos, pero nada de esto es negocio tuyo. Y si al salir de este mundo todo lo hiciste bien, menos el negocio de tu salvación, haz cuenta que desempeñaste grandemente los negocios ajenos, pero que no hiciste tu negocio; y, al contrario, si saliste bien en el de tu salvación, aunque fueses infeliz en todos los demás, hiciste tu negocio personal: cada uno nació, primero para sí, después para los demás.

Es digno de admiración que, amándose tanto los hombres á sí mismos; hagan tan poca reflexión sobre una verdad en que tienen tanto interés: *Cuarenta años ha,* decía un cortesano á la hora de la muerte, *que estoy*

trabajando en los negocios del Rey, y ni un solo cuarto de hora he trabajado en el mío. Aunque debo al Rey mucho amor, no tiene poder para alargarme un cuarto de hora la vida. Si yo hubiera servido á mi Dios con tanta fidelidad y con menos trabajo, ¡qué premio, qué alegría, qué dichosa eternidad me esperarí­a ahora!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la mayor parte de los que son muy hábiles, muy capaces, muy diestros en los negocios del mundo, en el negocio de la salvación, son unos topos. Es muy difícil salvarse en el mundo, dicen ellos; pues librémonos de este cuidado. Hay en el mundo mil estorbos que vencer; pues dejemos á los religiosos el empeño de superarlos. Es muy contagioso el aire que se respira en el mundo; todo él está lleno de peligros; pues expongámonos á él sin preservativos y caminemos sin guía. El negocio de la salvación es muy dificultoso, está lleno de espinas; pues no hay que matarnos mucho por trabajar en él desde luego; dejemos esto allá para cuando no podamos hacer cosa de provecho. Causa compasión este modo de discurrir, y la misma razón natural se amotina contra él. Pero nunca ¿hemos discurrido así nosotros? Y los que tanto se quejan de las grandes dificultades que hay en el mundo para salvarse, y trabajan tan poco en vencerlas, ¿discurren mejor por ventura ó por desgracia?

Buen Dios, aun cuando el negocio de la salvación fuera tan fácil como es dificultoso, según el sentir de las mismas gentes del mundo; aun cuando fuera de ninguna consecuencia este negocio, ¿se pudiera hacer menos caso del que se hace de él? ¿Qué negocio hay, qué bagatela, que no nos merezca más atención y más cuidado que este negocio decisivo de nuestra eternidad? Si se tratara de la fortuna de un extranjero, de la suerte, de la vida de un hombre desconocido, ¿se pudiera mirar con más indiferencia este negocio, que con la que tantos

y tantos miran el de su eterna salvación? ¡Y á vista de esto habrá quien se admire de que sean tan pocos los que se salvan! ¡Ah Señor, cuánta ha sido hasta aquí mi torpeza! Pero ¡cuál será mi suerte eterna, si Vos sólo atendéis á mi infidelidad y á mi indiferencia! A vuestra misericordia me acojo; vuestra infinita bondad es todo mi refugio; lleno de confianza en vuestra divina gracia, voy desde luego á trabajar incesantemente en el negocio de mi eterna salvación.

JACULATORIAS

Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo, que yo procuraré pagaros todo lo que os debo.—S. Mat., 18.

No, Señor, no hay más que un negocio necesario: éste es el de mi salvación.—S. Luc, cap. 10.

PROPÓSITOS

1. Al ver la frialdad y aun el disgusto con que la mayor parte de los cristianos mira todo aquello que conduce á salvarse, ¿quién no dirá que la salvación es una cosa muy indiferente, que importa poco condenarse, y que Dios nos queda muy obligado cuando nos da la gana de no perdernos? ¡Con qué destreza y con qué tiento es menester tratar á los libertinos y á muchas damas del mundo, cuando dan algunas señales de querer convertirse! Son necesarias la dulzura, la compasión, y aun la elocuencia, acompañada de todos los lenitivos que pueden inspirar el celo y caridad cristiana. Todo esto prueba el poco concepto que se hace de la salvación, y la indiferencia con que se la mira. ¿Será buena disculpa el decir que esto de salvarse es cosa ardua? Pues qué, ¿la salvación es para nosotros cosa indiferente? Tiene la salvación sus dificultades, es cierto; pero ¿qué otro negocio hay que no tenga las suyas? ¿No hay algo que

vencer para adelantarse por la carrera de las armas, para ser hombre de caudal en el comercio, para hacer fortuna por cualquiera otro rumbo que se siga? ¿Quién hay que no conozca las dificultades que le salen al encuentro en su empleo, en su deber, en su estado? ¡Cuántos desvelos, cuántos sudores, cuántos malos ratos ha de pasar para vencerlas!

2. Imponte una ley de no emprender jamás negocio alguno que no le refieras á tu salvación. Dite á ti mismo lo que se decía á sí propio San Francisco de Borja: Este negocio, este estudio, esta diversión, ¿conducirán para salvarme? Déjalo todo antes que dejar las obligaciones de cristiano; ningún negocio ha de estorbarte tus ejercicios espirituales diarios, tu oración, tu Misa, tu lección espiritual, tu visita de altares, tu frecuencia de sacramentos. El hombre de un solo negocio, todo está ocupado en él.